

## **El camino hacia el totalitarismo nazi (Una lectura histórica de *La caída de los dioses*)**

José L. Rodríguez Jiménez

Publicado en: *La caída de los dioses, Madrid, Teatro Español, 2011, pp. 9-57.*

### **1. El huevo de la serpiente**

A comienzos del siglo XX, Alemania era una de las naciones más avanzadas y dinámicas del mundo. El nacionalismo y el antisemitismo no tenían más influencia que en otras partes de Europa. Pero la derrota en la Primera Guerra Mundial<sup>1</sup>, las consecuencias de aquel revés y la depresión económica iniciada en 1929 ocasionaron una crisis larga y profunda, que no fue sólo de índole económica. A finales de 1918, la solicitud de apertura de negociaciones de paz con las potencias aliadas<sup>2</sup> y la inmediata aceptación del armisticio vino acompañada de la caída de la monarquía y de un movimiento revolucionario comunista, con peculiaridades propias, que no era el simple eco de la revolución en Rusia<sup>3</sup>. Alemania era un país más industrializado, con un

---

<sup>1</sup> En los frentes murieron entre 8,5 y 10 millones de soldados, entre éstos la mitad de los varones franceses entre 20 y 32 años y más de la tercera parte de los alemanes. Hubo entre 12 y 13 millones de víctimas civiles. 21 millones de heridos, con una riada de mutilados, personas con los rasgos desfigurados o afectadas por dolencias mentales. La gripe que se extendió a comienzos de 1918, la llamada *gripe española*, es otro tema: mató a más de 50 millones de personas.

<sup>2</sup> Aunque existían dificultades de abastecimiento, por el bloqueo naval, el colapso alemán fue militar. Alemania tenía capacidad para seguir combatiendo durante meses, pero, con sus aliados ya derrotados (imperios austro-húngaro y turco y Bulgaria), acabaría siendo vencida. Pero no es fácil explicar una situación de armisticio sin la previa derrota en una gran batalla o una sucesión de batallas. A mediados de 1918, no solamente la URSS se había retirado de la guerra contra las potencias centrales (Alemania y Austria-Hungría), sino que el ejército alemán ocupaba territorios de Francia, Bélgica y Luxemburgo. Fueron la entrada en línea de más y más divisiones estadounidenses y la resistencia franco-británica los elementos que mermaron las reservas alemanas. La segunda batalla del Marne se saldó con una retirada alemana. En agosto el alto mando comunicó al gobierno que era ineludible una negociación con Estados Unidos. El gobierno imperial pidió el armisticio.

<sup>3</sup> Tras la solicitud de un armisticio, la relación entre la clase política y el mando militar se deterioró. Se formó un nuevo gobierno, de tipo parlamentario, y el nuevo canciller, el príncipe Maximilian von Baden, liberal, negoció la paz. El presidente de Estados Unidos, Wilson, exigió el cambio de las instituciones políticas y militares del Reich. Ahora el alto mando se manifestó en contra, con el general Erich Ludendorff a la cabeza, quien dijo que se podría continuar la lucha hasta obtener una buena negociación. El gobierno capituló para impedir una invasión de Alemania. El mando de la Marina Imperial se insubordinó, en Kiel, dispuesta a continuar la guerra naval. Pero la marinería se amotinó. El enfrentamiento entre la tropa y trabajadores, por un lado, y sectores del ejército, por el otro, fue el comienzo de la revolución de noviembre, que se extendió por todo el país. El kaiser Guillermo II abdicó y le siguieron en este paso los príncipes de todos los Estados alemanes. El socialdemócrata Friedrich Ebert formó gobierno. La situación estaba descontrolada, con la proclamación de dos repúblicas, una "legal", proclamada en la cámara legislativa o Reichstag por los socialistas demócratas y los liberales, que firmó

proletariado urbano más poderoso y una nutrida militancia obrera en sindicatos y partidos revolucionarios. Fuerzas de la derecha liberal, centristas y socialdemócratas consiguieron restablecer el orden y fundar un nuevo régimen, la República de Weimar. Este recién llegado a la escena política internacional tuvo que tragarse los tratados de paz impuestos por los vencedores en la guerra. Las justas e injustas condiciones impuestas a Alemania en el Tratado de Versalles fueron consideradas por todos los alemanes como una humillación. Lo peor no fue la pérdida de las colonias, o de Alsacia y Lorena, territorios arrebatados en el siglo XIX a Francia. Lo peor fue la pérdida de partes de Posen, Prusia oriental y Silesia en beneficio de Polonia, el hecho de que Prusia oriental quedase aislada del resto de Alemania por vía terrestre, y que el territorio del Sarre pasara a ser administrado por la Sociedad de Naciones, y que, para mayor vergüenza, esta organización supranacional (antecedente de Naciones Unidas) concediese a Francia su explotación económica durante quince años. La humillación tenía una segunda parte: cláusulas por las que Alemania y sus aliados aceptaban la responsabilidad moral y material de la guerra, y, en consecuencia, el pago de reparaciones y limitaciones impuestas en armamento.

La derrota, las condiciones impuestas por los vencedores y la inflación crearon una situación susceptible para la proliferación de movimientos antisistema y golpes de mano protagonizados por extremistas, de izquierdas y de derechas, estos últimos respaldados por organizaciones de ex combatientes en la guerra<sup>4</sup>. A partir de 1923 la situación mejoró, pero el tema de las cláusulas de los tratados de paz seguía estando muy presente en el acontecer político nacional. Y en 1929 llegó la crisis económica mundial. Los alemanes vivieron una sucesión de acontecimientos negativos: depresión económica, crisis políticas, sucesión de convocatorias a votar, una cadena que a la fuerza tenía que provocar descontento ante unos partidos y un sistema en cuyo marco no se resolvían los problemas. Ante esta segunda catástrofe, los miedos extravagantes y las esperanzas fantásticas, expresiones de Bullock, hicieron posible que sectores de la

---

el armisticio y negoció con los sindicatos, y la República Libre y Socialista Alemana proclamada por la Liga Espartaquista, el sector socialista de orientación bolchevique, que terminaría siendo derrotado y sus dirigentes ejecutados.

<sup>4</sup> Los Freikorps aparecieron al final de la guerra, bajo la dirección de oficiales, como el teniente Ernst Röhm. De tendencia antidemocrática, ultranacionalista y antisemita, participaron en la represión de Der Spartakusaufstand, el levantamiento espartaquista, después de que el canciller Ebert decidiera acudir a la aristocracia militar y *dejara* actuar a estos cuerpos (o no pudiera impedir su actuación) para recuperar el control de la situación. Fueron disueltos en 1920, pero siguieron actuando en la clandestinidad mediante asociaciones secretas y participaron en el asesinato del ministro de Exteriores en junio de 1922, el industrial y judío alemán Walter Rathenau. Hitler no participó en la lucha contra los comunistas, Röhm sí.

derecha alemana aceptaran en su círculo de relaciones sociales y políticas a Adolf Hitler, un líder joven, como Heydrich, Speer o Eichmann, por referirnos sólo a algunos de los más destacados fascistas alemanes, no perteneciente a la clase política tradicional, no procedente de la derecha que había levantado y defendido el Segundo Reich, tampoco de las fuerzas que se habían ofrecido como alternativa. Le invitaron, decíamos, a sus reuniones. No sabemos si, al principio, miraron con cierto desprecio al ex cabo y agitador político. Los que sobrevivieron a la represión nazi y a la derrota en la siguiente guerra mundial, y buscaron justificar decisiones individuales y comportamientos colectivos, dirían años después que sí, que la amenaza comunista, las imposiciones de Versalles y los resultados electorales les habían obligado a tratar con Hitler. Sabemos que terminaron ofreciéndole lo que había pedido: el puesto de canciller de Alemania.

### **1.1. Crisis económica y política**

Durante once años, desde la fundación de la República federal de Weimar, los socialdemócratas constituyeron el partido dominante o gubernamental en el Reich y en Prusia; eran un partido nuevo, resultado de la división de la izquierda obrera en todo el mundo tras el triunfo de la revolución bolchevique en Rusia. Pero tras el inicio de la gran depresión de 1929, los socialdemócratas vivieron el ascenso de los más extremistas, nazis y comunistas, y paulatinamente fueron desplazados de las responsabilidades de gobierno. En octubre de 1930 la merma de la capacidad productiva de Alemania por el pago de reparaciones (Plan Young) y los síntomas alemanes de la crisis mundial provocaron la caída del gobierno de gran coalición presidido por el socialdemócrata Müller. Iba a comenzar una etapa de gobiernos cortos, respaldados mucho más en los poderes de la Presidencia de la República que en los escaños en el Reichstag. En cambio, el gobierno de Prusia mantuvo la estabilidad gracias a la coalición de los socialistas y el Partido del Centro.

El presidente encargó formar gobierno a Heinrich Brüning, jefe del Partido del Centro, formación conservadora que, aun siendo confesionalmente católica, en una nación de mayoría cristiana protestante, fue uno de los partidos conservadores más importantes durante el período democrático. Brüning decidió no buscar la mayoría parlamentaria mediante una alianza con los partidos de la derecha, pues temía la oposición socialista en un momento de grave crisis económica. Formó gobierno sin mayoría parlamentaria, con la esperanza de obtener la aprobación socialista, calculando que los dirigentes de esta formación pensarían que si votaban en contra, él buscaría el apoyo de la derecha y que si insistían en esa línea acabarían provocando la disolución

del Reichstag y nuevas elecciones, en las que, tal vez, experimentarían una pérdida de votos. Este procedimiento requería, de acuerdo con la Constitución<sup>5</sup>, aprobar la legislación mediante decretos y buscar la ratificación parlamentaria en una fecha posterior. Los socialistas criticaron los decretos de urgencia, pero votaron a favor del gobierno.

El desempleo aumentó rápidamente: 500.000 parados en 1927, 2,3 millones en 1929, 3,5 millones en 1930, 5 millones en 1931. Regresó la radicalización social y política., en beneficio de los extremistas. Cuando el gobierno intentó aprobar medidas financieras que incluían una reducción en los abonos de socorro a los parados, los socialdemócratas y los comunistas votaron en contra. Brüning obtuvo del presidente el decreto de disolución del Reichstag. Las elecciones se celebraron en septiembre de 1930. Los socialdemócratas (SPD) siguieron siendo el partido más votado. Los comunistas ganaron 23 escaños. El Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán (NSDAP) obtuvo el 18,6% de los votos a escala nacional. Se trata de un caso único en la historia europea de multiplicación de los votos en tan breve espacio de tiempo. En 1928 los nazis habían obtenido 800.000 votos, ahora 6.400.000, antes tenían 12 diputados, ahora 107 diputados, entre los que no figuraba Hitler, pues no poseía la nacionalidad alemana; su espectacular avance no podía explicarse simplemente con una referencia al desmoronamiento del Partido Nacionalista Alemán. El NSDAP era ahora el segundo partido más fuerte del Reichstag.

Brüning puso en marcha su nuevo gobierno con el respaldo del Partido del Centro y el SPD. A Hitler le había llegado el momento de reflexionar sobre cómo rentabilizar los votos y la fuerza de su milicia paramilitar si lo que ahora pretendía era acceder al gobierno de la nación. El esfuerzo en propaganda se multiplicó hasta celebrar, anualmente, miles de manifestaciones y mítines públicos en toda la geografía del país. A comienzos de 1931 Joseph Goebbels, fidelísimo a Hitler, asumió la dirección de la propaganda del partido, con control exclusivo de las campañas y

---

<sup>5</sup> La Constitución del Imperio Alemán, nombre conservado del pasado (la denominación República de Weimar es posterior, procede de la ciudad homónima, Weimar, donde se reunió la Asamblea Nacional), fue sancionada en noviembre de 1919 y supuso una nueva forma de Estado, la República federal. El presidente, elegido por votación popular con un mandato de siete años, tenía amplios poderes, entre éstos la potestad de elegir al canciller, el cual nombra al gobierno, de disolver el gabinete y vetar las leyes al poder legislativo. El artículo 48 permitía al presidente adoptar medidas de urgencia, incluidos decretos legislativos sin el previo consentimiento del Reichstag (recuerdo de las limitaciones del parlamentarismo bismarckiano). Pese a este contenido conservador, esta Constitución (1919-1933) fue una de las más avanzadas de su tiempo en materia social. Tras la aprobación de la Constitución, Ebert fue elegido presidente de la República. A su muerte, en 1925, le sucedería Hindenburg.

oradores. La militancia aumentó, al igual que los órganos de prensa propios, y también la recaudación de fondos, por el derecho de admisión a numerosos actos. Bien puede decirse que se pagaba por el espectáculo, por las banderas, los uniformes, los saludos brazo en alto, los gritos de rigor, los discursos. También industriales y financieros hicieron donaciones particulares a dirigentes del partido.

Con los medios citados, Hitler podía pensar que la forma de acceder al poder pasaba por aumentar sus votos, hasta ser el partido mayoritario en el Reichstag y acceder a la cancillería con un gobierno de concentración o monocolor, o intentar un golpe de Estado. El primer camino suponía transitar por la *repugnante* vía parlamentaria. La segunda, enfrentarse a los poderes del Estado y arriesgarse a una derrota como la sufrida con el *putsch* de Munich, en 1923, que había llevado a Hitler a la cárcel. No descartó nada. Desconocía cuándo serían las siguientes elecciones. No sabía cuánto duraría la crisis económica. Decidió presentarse como pieza imprescindible para los conservadores, que sabía temerosos de una revolución proletaria, y que las milicias aumentarían las dosis de violencia, que era, entre otras cosas, una forma de propaganda. Tal vez, pensó, la adulteración del sistema democrático, dentro de los márgenes de la más estricta legalidad, podría beneficiarle: desde la salida de los socialistas del gobierno, el país estaba gobernado por un canciller y unos ministros que no tenían mayoría en el Reichstag. Hitler sabía que la utilización de poderes extraordinarios, gracias a la potestad del presidente para promulgar decretos, era un recurso para un tiempo limitado, ya que el Reichstag, de acuerdo con el modelo democrático de los fundadores de la República, podía derribar al gobierno. Entonces debería restaurarse el sistema parlamentario, a no ser que el sistema de representación política fuese cambiado.

## **1.2. De Brüning a von Papen**

Para satisfacer las demandas de reparación de los Aliados, el gobierno buscó empréstitos extranjeros para cubrir el déficit presupuestario, con poco éxito. El aumento de las barreras arancelarias frenó las exportaciones alemanas. La banca estadounidense retiró fondos de los bancos alemanes. Varios gobiernos europeos, especialmente el de París, vetaron el proyecto alemán de unión de derechos de aduanas con Austria. También vetó Francia el derecho de paridad de Alemania con otras naciones en armamentos defensivos. El cumplimiento del pago de las reparaciones tuvo un desastroso efecto económico y psicológico. La ola nacionalista creció. Los socialistas volvieron a apoyar los decretos de urgencia, incluido el descenso del subsidio a los

desocupados, el recorte en los salarios de los empleados civiles, mayores impuestos y nuevas reducciones de las pensiones y de los gastos del gobierno. Un sector minoritario del Partido del Centro, el que seguía a Franz von Papen, pidió a Brüning un esfuerzo para integrar al NSDAP dentro de una coalición gubernamental, para que así los nazis atemperaran su programa al de los colegas de la coalición; estas coaliciones ya existían en Turingia, Brunswick y Oldenburg. El canciller se negó. Tampoco quiso llegar a un acuerdo general con las formaciones de la derecha, tal vez porque esto le hubiera supuesto mayores dificultades en la política exterior y la erosión de la posición alemana a la hora de negociar las reparaciones de guerra.

En 1932 hubo cinco procesos electorales. Aparte de varias elecciones para legislaturas de los Estados federados, hubo dos elecciones para la presidencia de la República y dos para el Reichstag. Los resultados fortalecieron la capacidad negociadora de Hitler de cara a una alianza derecha-nazis. En marzo se celebraron las elecciones presidenciales. Fue entonces cuando, para presentarse como candidato, Hitler adquirió la ciudadanía alemana, para lo cual el ministro nazi del Interior del Estado de Brunswick le nombró temporalmente funcionario. Hindenburg mantuvo la presidencia pero Hitler pasó a la segunda vuelta y alcanzó el 36,8% de los votos. Sus mítines causaron un gran impacto ante audiencias de hasta cien mil personas. La votación mostró la fortaleza nazi, el apoyo de más de un tercio de los votantes a una fuerza extremista. En términos políticos, la situación del NSDAP quedó muy fortalecida como potencial aliado para un gobierno de coalición.

El 13 de abril el gobierno promulgó otro decreto de urgencia que proscribía las organizaciones paramilitares nazis: las S. A. (abreviatura de Sturmabteilung o Secciones de Asalto) y las S. S. (Schutzstaffeln o Escuadrones de Protección). El ministro del Interior no consideró necesario aplicar también la medida al Frente Rojo comunista o al conjunto de las organizaciones uniformadas. El Presidente se distanció de Brüning, molesto por no haber logrado su reelección sin elecciones y porque el canciller había buscado y obtenido el apoyo del SPD y elaborado un proyecto de ley de expropiación de las explotaciones agrarias insolventes. Los grandes terratenientes del este del Elba, que habían visto descender las exportaciones e hipotecado una parte de las propiedades, llevaban varios meses exigiendo más subsidios estatales para combatir la crisis, como en otros países, mientras que los grupos industriales pedían incentivos a la producción y el control de los sindicatos de izquierda. Ahora negociaron con sectores del ejército para favorecer la jefatura de otro miembro del Partido del Centro, von Papen. Éste carecía de

base política, no contaba ni con el apoyo de su propio partido, donde la mayoría le rechazaba por su inclinación al autoritarismo. Pero, con el beneplácito del presidente y de los apoyos citados, von Papen asumió la cancillería en junio y prometió un gobierno basado en principios cristianos y que conseguiría la igualdad de derechos para Alemania. El muñidor del gobierno y del acuerdo Hindenburg-von Papen, el general Kurt von Schleicher, asumió la cartera de Guerra.

### **1.3. El NSDAP sigue creciendo**

Schleicher y von Papen habían coincidido en sociedad, y se habían reconocido como conservadores y monárquicos convencidos, por tradición y educación, y como apasionados de las intrigas políticas. Hacía poco que habían intensificado la relación, prometiéndose mutua colaboración. La parte más importante de su plan era la reforma constitucional, para eliminar la dependencia del Gobierno del Reichstag, pero ni ellos, ni antes Brüning, tenían el apoyo electoral necesario para llevarlo a cabo; a esta situación debía añadirse el riesgo que esta medida implicaba, el de una insurrección de la izquierda obrera. Schleicher no era simplemente un militar de alta graduación. Era un general político. El papel de los militares en la vida de la República queda reflejado en la elección del mariscal de campo Paul von Hindenburg, comandante en jefe durante la anterior guerra, como presidente de la República, en 1925, y antes en la autonomía que disfrutó el ejército durante el tiempo en que el general Hans von Seeckt fue comandante en jefe de la Reichswehr, y después en la presidencia por Schleicher del Ministeramt, un ministerio dedicado a las cuestiones relacionadas con el ejército de tierra y la marina de guerra.

El presidente disolvió a continuación el Reichstag y, otra vez, se convocaron elecciones. Schleicher había negociado ya con Hitler la entrada de los nazis en el gobierno, por lo que puede parecer innecesaria la convocatoria, pero se pensó que a la Conferencia de Reparaciones con los Aliados, que se reuniría en breve, debía acudir un canciller con respaldo suficiente en la Cámara. La suerte del gobierno dependía del respaldo de los nazis. En una entrevista que celebró con von Papen, el 9 de junio, Hitler le dijo que veía al gabinete como algo temporal y que él no tardaría en ser canciller. El paro afectaba a más de 6 millones de personas, y otros seis trabajaban sólo media jornada. En la conferencia internacional celebrada en Lausana, von Papen solicitó a los países vencedores en la anterior guerra la abolición de las cláusulas del Tratado de Versalles y el cese de todos los abonos de reparaciones, a cambio de un gran acuerdo político que incluiría la concertación de las políticas exteriores de Francia y Alemania.

Por cuestiones de política interior, el gobierno británico y, muy especialmente, el recién formado ejecutivo francés no aceptaron ese gran acuerdo, pero sí que Alemania cancelara las indemnizaciones con un último pago. El portavoz del NSDAP, el *Völkische Beobachter*, publicó: “El espíritu de Versalles ha triunfado”. Pero la realidad era otra: el fin de las indemnizaciones.

Antes de las elecciones, el gobierno anuló el decreto de prohibición de los Camisas Pardas. Entonces aumentaron los alborotos callejeros protagonizados por comunistas y nazis. El gobierno no sabía cómo resolver el problema de la falta de fondos estatales, del paro, de las reparaciones.... El Partido del Centro se negó a un gobierno de coalición con los nazis y los nacionalistas. Pese a la mala relación entre ambas formaciones, hubo negociaciones entre socialistas y comunistas para una gran coalición, sin éxito. En las elecciones, celebradas el último día de julio, los nazis pasaron de 6,4 a 13,7 millones de votos, el 36,8%, de forma que el NSDAP era el partido predominante, con 230 diputados. También los comunistas aumentaron sus votos, por el trasvase desde las filas socialistas.

#### **1.4. El poder de la palabra**

Los estudiosos de esta fase de la historia alemana interpretan que esos votos a los nazis procedían de personas que se habían abstenido en comicios anteriores, también de quienes se había registrado por vez primera en el censo electoral, y de anteriores votantes de partidos de la derecha y el centro-derecha, con la excepción del Partido del Centro. Los nazis se beneficiaron del aumento del paro entre trabajadores de la gran industria y de la proletarización de clases medias urbanas, pero, sobre todo, crecieron en las regiones donde la actividad económica dependía de la agricultura, la industria artesanal y la pequeña producción manufacturera, entre gentes siempre hostiles al programa y modo de actuar del movimiento obrero, y donde una parte considerable de la población declaraba ser cristiano protestante. Otro elemento, fundamental, a considerar es el aumento del apoyo al partido entre los profesionales con formación universitaria y los estudiantes. El 43% de los afiliados al NSDAP entre 1930 y 1933 tenía menos de treinta años, eran hijos de familias de clase media liberal o conservadora, jóvenes que así se rebelaban contra sus progenitores. La depresión económica había reducido sus posibilidades de obtener un buen empleo, o simplemente de ser contratados, y esta desesperación de componente social se unía a la habitual hostilidad entre generaciones y al romanticismo nacionalista. A todos ellos les atrajo el discurso sobre la renovación nacional y la unidad nacional, que estaría amenazada por



enemigos interiores y exteriores, con el trasfondo siempre del *judaísmo internacional*. Esto era lo principal, sin que el votante estuviera interesado en detenerse en las contradicciones del programa económico nazi, que pretendía atraerse a todos, a la comunidad, a diferencia de lo que hacía el resto de partidos, especializados en segmentos de población (como era lógico entonces en los partidos).

Si se miran los números de la depresión económica, podría sacarse la errónea conclusión de que casi un 40% de los votantes optó por un programa económico y promesas de bienestar. Los datos eran: tres millones de parados a comienzos de 1929, seis millones en varios períodos de 1931-1933, cifra que ofrece un porcentaje mucho más elevado que en cualquier otro de los países industrializados. Esta situación de desempleo masiva vino acompañada de quiebras de empresas, granjas y comercios y el descenso de los sueldos. Añádase que más de 26 millones de alemanes, el 36% de la población, dependía de los fondos públicos: los funcionarios civiles, el ejército, los pensionistas y los desempleados. Pero una parte de los biógrafos de Hitler apuntan que no fue así. Lo que sucedió fue que el líder nazi entendió que los efectos de la crisis sobre la vida de la gente se expresaban en forma de choque psicológico. Acertó al interpretar que la suma de conmociones sufridas por el pueblo alemán desde 1918 eran un excelente caldo de cultivo para hurgar en la desesperación, en el resentimiento, en el ansia de seguridad y de nuevas esperanzas, en todas las emociones provocadas por esa conmoción. La segunda catástrofe en un decenio impulsó a votar sentimientos e ideas y no un programa, a votar por la repulsa a cuanto había ocurrido en Alemania desde 1918, a la promesa de devolver a una nación dividida su autoestima y grandeza, a un gobierno autoritario que diese continuidad a la acción de gobierno y lograrse el respeto exterior a una Alemania que se mostrase de nuevo como una potencia mundial, a la acusación a socialdemócratas y conservadores de falta de patriotismo<sup>6</sup>, al racismo, a la exaltación de los alemanes y de los arios, a la denigración de los judíos y de otros grupos humanos, a

---

<sup>6</sup> La derecha nacionalista y, sobre todo, los nazis, explotaron a fondo la leyenda de *la puñalada por la espalda* (Dolchstoßlegende), que atribuía el armisticio de 1918 a una traición interna: si el pueblo alemán no supo o no pudo responder a la llamada patriótica en un momento crítico de la guerra, pero con el ejército asentado en Francia, fue porque algunos elementos sabotearon el esfuerzo bélico, los izquierdistas y los judíos, o más bien la internacional judía que manejaba en todo el mundo el marxismo, el pacifismo y la masonería. Al parecer, la expresión fue utilizada, ya a comienzos de 1918, por un pastor protestante, Bruno Doehring, y después por el general Ludendorff. La idea o mito de una *traición interna* ha sido utilizada en diferentes lugares y en distintos momentos de la historia, incluida la Gran Bretaña de la Primera Guerra Mundial: en 1918 Noel Pemberton Billing, parlamentario conservador, publicó el artículo *The Cult of the Clitoris*, en el que afirmaba que 47.000 funcionarios británicos, todos *perversos* sexuales, trabajaban en secreto para los alemanes. Expresiones parecidas serán utilizadas por sectores del Partido Republicano estadounidense, para referirse a la derrota en una guerra en teoría fácil de ganar, la de Vietnam.

la expansión territorial de Alemania para construir un gran Reich. El primer biógrafo de Hitler, Konrad Heiden, escribió en 1944: “La gente sueña y un adivino le cuenta lo que está soñando”.

### **1.5. Un gobierno de coalición ¿con los nazis?**

Los partidos de la coalición de Weimar, es decir, los socialistas, la derecha católica y pequeñas formaciones, sumaban 12,9 millones, menos que el NSDAP. Por lo tanto, los nazis estaban en posición ventajosa para negociar un gobierno de coalición. Hitler reclamó la cancillería. Hindenburg y von Papen le dieron una respuesta negativa, pues deseaban que Hitler se incorporase a una coalición gubernamental, como demostración de que él y su partido estaban dispuestos a aceptar su parte de responsabilidad en el gobierno del país. Al mismo tiempo, von Papen negó cualquier representación popular a los partidos políticos, con la excusa de que un gobierno autoritario era la única alternativa a una situación que definía como democracia parlamentaria moribunda. Sus apoyos eran el presidente, sectores del ejército y de la derecha política (Partido del Centro y Partido Nacionalista) y económica. El NSDAP, el Partido del Centro y el Partido del Pueblo Bávaro dieron a Hermann Goering la presidencia del Reichstag. A continuación, nazis, comunistas y socialdemócratas votaron contra el gobierno de von Papen, y éste respondió obteniendo del presidente el decreto de disolución de la cámara, que sólo se había reunido un día. La crisis institucional era cada vez más grave. Un indicio es que, una vez más, hubo elecciones, en noviembre. Los nazis obtuvieron 195 diputados, es decir, perdieron 35 y conservaron los suficientes para impedir que se formase una mayoría gubernamental sin su participación, a no ser que comunistas y socialistas uniesen sus fuerzas y sumasen otras. Como no lograba la mayoría en el Reichstag, y no estaba dispuesto a arriesgarse a utilizar a las S. A. y las S. S. para intentar hacerse con el poder mediante la fuerza, sólo podía confiar en que sectores de la derecha le ofrecieran el poder.

Por supuesto presionó para que fuera así. Von Papen, en minoría, seguía creyéndose con derecho a gobernar uncido por el presidente. Hitler repitió su negativa a un gobierno de coalición si no le era entregada la Cancillería. El proyecto de un gabinete por encima de los partidos políticos parecía agotado. Pero aún hubo otro movimiento en esa dirección. A mediados de noviembre, Hindenburg recibió a los jefes de los partidos de la derecha y del centro-derecha. Con su anuencia, Hindenburg ofreció a Hitler encabezar un gobierno de coalición. Ahora Hitler respondió que sólo aceptaría esa resolución de la crisis si el Reichstag permanecía al margen, es decir si el gabinete

era, una vez más, presidencial, no sometido al apoyo de partidos. El presidente convocó a una reunión a von Papen y Schleicher. Von Papen se ofreció para continuar al frente del gobierno. Ofreció sacar adelante una reforma constitucional y un programa de ayudas económicas a propietarios agrarios e industriales, pero dijo que sería preciso clausurar el Reichstag durante un tiempo. Cabía suponer que esta medida, que sería una violación de la Constitución por el presidente de la República, sería respondida con la convocatoria de una huelga general por la izquierda, y que habría desórdenes en todo el país, los cuales, añadió un dudoso von Papen, serían neutralizados por el Ejército; si los nazis también se movilizaban el riesgo de guerra civil era evidente. También el general Schleicher se ofreció para asumir la cancillería, éste con un plan arriesgado y a la vez sugerente, que refleja más que nada la descomposición del sistema político y el juego al que se habían acostumbrado el presidente y sus hombres de confianza en la derecha. Soltó que sería capaz de dividir el movimiento nazi, atrayéndose al grupo de Gregor Strasser, el jefe de la organización del partido, ofreciéndole la vicecancillería, y de negociar el respaldo de socialdemócratas y liberales. Se sobreentendía que Schleicher, jefe de la División Política del Alto Mando, tendría al Ejército guardándole las espaldas. El presidente se dejó tentar por esta oferta.

Von Papen había sido canciller de Alemania menos de seis meses. Von Schleicher ocuparía el cargo menos tiempo. No porque fracasase su plan de atraer a Strasser al gobierno, sino porque von Papen pensaba ya en una venganza política y porque industriales y terratenientes trasladaron a la prensa y al presidente su descontento por las directrices económicas del gobierno.

## **2. Las compañías respetables. Junkers, industriales y banqueros**

La mayor parte de los gastos generados por la permanente expansión de las actividades del NSDAP se financió gracias a la generación de recursos propios. Hubo aportaciones de grandes industriales y banqueros, pero en absoluto de forma generalizada, y menos aún antes de 1932, ya que estas personas desconfiaban de un partido que no se había interesado en presentar un programa económico coherente y que seguía alimentándose de la retórica anticapitalista.

Lo que los junkers, los propietarios de las explotaciones agrarias del este del país, los grandes industriales y la banca llevaban años tratando de favorecer era una reforma constitucional, consistente en transferir competencias del poder legislativo a la

presidencia de la República y al poder ejecutivo, para que el gobierno no tuviese que dar cuenta a los partidos de las medidas tomadas.

### **2.1. La industria del hierro y del acero**

En esa dirección estaba trabajando la principal asociación de industriales, la Reichsverband der Deutscher Industrie (RDI), nacida en 1919 como resultado de la unión de las asociaciones representativas de la gran industria, la industria pesada y la mediana y pequeña industria, y que presidía Gustav Krupp von Bohlen und Halbach. Gustav, diplomático como su padre, había contraído matrimonio con Bertha Krupp, la riquísima heredera de la compañía Krupp AG, una de las empresas del acero y fabricación de armas más importantes del mundo antes de la Primera Guerra Mundial. Las cláusulas de Versalles habían obligado a la compañía a diversificar la producción, orientándola en buena parte hacia la fabricación de material pesado agrícola. Gustav había asumido el título nobiliario y la gestión del grupo empresarial, el cual, en estrecho contacto con el alto mando militar y políticos nacionalistas, colaboró con los programas secretos de rearme. El cuñado de Gustav, Tilo von Wilmovsky, presidía el cártel de la industria pesada. Hasta la llegada de Hitler al poder fue escasa la relación del grupo Krupp con los nazis. Después vendría una estrecha colaboración y la obtención, por ambas partes, de una alta rentabilidad, en parte lograda gracias a la explotación de mano de obra esclava

Si bien los círculos financieros habían venido orientando su apoyo en beneficio de los partidos de la derecha (Partido Popular Alemán, Partido Nacional Alemán, Partido Democrático Alemán, Partido del Centro), los nazis ya recibían donaciones para las arcas del partido y también a título particular, que llegaban no solamente a manos de Goering, muy bien relacionado con varias de las familias más ricas del país. En septiembre de 1931 representantes del NSDAP, del Partido Nacional Alemán, del Stahlhelm, que era la principal asociación de ex combatientes, de orientación muy conservadora, la Asociación de Labradores, el banquero Hjalmar Schacht, ex presidente del Reichsbank, el coronel-general von Seeckt y varios economistas habían mantenido una reunión en Bad Harzburg. El plan era elaborar un programa común para un gobierno de coalición derecha-nazis-nacionalistas. Hitler ya había buscado el contacto con los círculos industriales, y viceversa, y ahora se esforzó en decir lo que éstos querían escuchar en una serie de conferencias en los clubs de industriales.

Obviamente, el ascenso electoral nazi en 1930-1932 dio lugar a una mayor aproximación de los grandes industriales al NSDAP. Entre los simpatizantes figuraban

el banquero Schacht y Ludwig Grauert, presidente de la Arbeitnordwest, la asociación de empresarios de la industria del hierro y del acero en el Ruhr. Uno de los apoyos principales lo daba Fritz Thyssen, que acababa de dejar las filas del Partido Nacionalista para codearse con los jefes del NSDAP. Fritz, hijo y heredero de August Thyssen, la cabeza de las Empresas Thyssen de la minería y el acero, presidía ahora la asociación de industrias del acero. Como contrapartida, estas personas, y otras próximas, esperaban que un gobierno de coalición o nazi diese estabilidad, asegurase nuevos mercados para la industria, en el interior y el exterior del país, y contuviese, con una eficacia definitiva, el avance de la izquierda.

En el seno de estas familias, entre sus herederos, en los consejos de administración, y sus ramificaciones sociales y económicas, se había debatido ya muchas veces sobre qué posición adoptar ante el vertiginoso ascenso electoral nazi. Después se habló, y se discutió, sobre la utilidad que para la gran industria tendría la presencia de nazis en el gobierno, y sobre sus inconvenientes. Más adelante, cuando Hitler fue canciller, ya no se debatiría tan sólo sobre cómo debían relacionarse los propietarios y directivos de la empresa con el nuevo régimen. Otros dos temas estaban sobre la mesa: los planes que los nazis tenían para su empresa, y qué respuesta debía dar la familia; y cómo actuar para no verse envueltos en las intrigas de las facciones nazis que competían por el poder, o para obtener el máximo beneficio. Visconti se inspiró, a su modo, en los entresijos familiares de la empresa Krupp, y posiblemente en la Thyssen, para introducirnos en la casa de *los Essenbeck*.

## **2.2. Invitación a la casa de Schröder**

Cuando las últimas elecciones celebradas en 1932 mostraron que el apoyo popular a la derecha seguía siendo escaso y que, además, disminuían los votos al NSDAP, los círculos industriales debatieron sobre dos posibilidades. La primera, que los votos obreros a los nazis regresasen a los partidos de la izquierda. Segunda, que tras una larga etapa de crisis, la democracia se afianzase. Cualquiera de estas dos posibilidades ponía en peligro sus planes políticos y económicos para el futuro.

Kurt von Schröder, el banquero de Colonia, era uno de los partidarios del proyecto de atraer a Hitler al gobierno, convencido de que si el líder nazi moderaba su discurso resultaría útil para la reconstrucción del país. Cuando fue encausado, tras la guerra mundial, por responsabilidad en los crímenes de guerra, Schröder declaró: “Cuando el NSDAP, en las elecciones del 6 de noviembre, sufrió una grave derrota y perdió la elevada posición que poco antes había alcanzado, los financieros alemanes

comprendieron que era urgente volcarse en su apoyo”. No era el único de los grandes de las finanzas que pensaba así una vez que habían recibido de Hitler la promesa de que no toleraría de los suyos injerencias en los derechos de propiedad y en la libertad de empresa. Un Hitler con apariencia de fiera domesticada se les hacía cada vez más agradable a una parte de los industriales y grandes de las finanzas, que querían verle como un autodidacta brillante, y muy útil.

El 4 de enero de 1933 Schröder reunió en su casa de Colonia a Hitler y von Papen. La versión de von Papen de aquel encuentro es la siguiente: Hitler acudió acompañado de Rudolf Hess, Heinrich Himmler y su consejero económico, Wilhelm Keppler. Von Papen y Hitler pasaron a una habitación, discutieron, von Papen planteó a Hitler su entrada como vicecanciller en el gobierno de Scheleicher, Hitler demandó la Cancillería. Schröder les avisó de que la comida estaba servida. No se cerró ningún acuerdo. El 22 de enero von Papen recibió una llamada de Hitler, quedaron en verse. El líder nazi le insistió en que su partido sólo colaboraría en tareas de gobierno si él era nombrado canciller. La negociación prosiguió. Se barajaron varias opciones para los puestos de canciller y vicecanciller. En esta negociación el único que tenía respaldo popular, mucho más que cualquier otro de los negociadores, era Hitler. Y el líder nazi hacía tiempo que había comprendido que, en esta negociación al margen de las instituciones, él era la carta principal, aunque no la única posibilidad. Se arriesgó, no cedió en su petición. Otros protagonistas de la vida política arriesgaron poco, permanecieron aferrados a sus viejas costumbres, no inventaron otra solución. Socialistas y comunistas siguieron divididos. Liberales y conservadores no pusieron el mismo entusiasmo en buscar otra *solución* que el que emplearon quienes invitaron a su mesa a Hitler. Tal vez, dada la situación de Alemania, Hitler sólo hubiera podido ser combatido mediante el empleo de sus propios métodos.

Para el 31 de enero se había fijado la apertura del Reichstag. Tres días antes Schleicher dimitió. No había obtenido del presidente la disolución de la cámara y poderes para gobernar mediante decretos de urgencia. A partir de ese momento se acabó de perfilar un gobierno encabezado por Hitler, con dos ministros nazis y la vicecancillería y los ministerios del Ejército y Asuntos Exteriores en manos de conservadores de la confianza de Hindenburg. El día 30 Hitler era canciller de Alemania.

### **3. Hitler canciller**

Hitler no presentó demandas exageradas en cuanto a la composición del gobierno se refiere. Von Papen asumió la vicecancillería, el dirigente del Partido Nacionalista, Hugenberg, la cartera de Economía, y el general von Blomberg, un antagonista de Schleicher, la del Ejército. Los dos ministros nazis eran Wilhelm Frick, titular de Interior, y Goering, titular sin cartera en el gobierno federal y ministro del Interior de Prusia; es importante tenerlo en cuenta, pues el control sobre las fuerzas de policía lo ejercían los diversos Estados, de los que Prusia era el más importante. Hitler tenía la voluntad de utilizar el poder para implantar una legalidad distinta a la entonces existente. No era fácil que sus planes se cumplieran, por razones de política interior y exterior.

### **3.1. La fiera, ¿por fin domesticada?**

No era fácil. No debemos valorar la situación con la ventaja de conocer los acontecimientos posteriores. Y sin embargo, descartar que los nazis no tuviesen el propósito de ejecutar el contenido de su programa sobre los *enemigos* interiores y exteriores de Alemania, era algo más que un riesgo. Pensar que este era un cambio de gobierno como cualquier otro, un experimento breve, que para Hitler y los suyos el programa del NSDAP tenía sólo un valor relativo, era una irresponsabilidad si se tomaban en consideración los discursos de Hitler y del resto de dirigentes del NSDAP, más virulentos en boca de los escalones inferiores de la organización, y la violencia de los S. A., bendecida por la cúpula del partido.

Von Papen escribió en sus memorias: “El programa decía que se concedería a los judíos los derechos de extranjeros. No era posible de prever que esto significaba su liquidación física, como tampoco podía preverse que las demandas de Hitler para la revisión del Tratado de Versalles significaban el empeñarse en una guerra agresiva”. Es verdad. Pero la violencia de las S.A. en las calles no hacían del NSDAP un aliado conservador. Continúa von Papen: “Mi propio error fundamental fue menospreciar el poder dinámico que habían despertado los instintos nacionales y sociales de las masas”. El presidente renunció a ejercer la autoridad que le otorgaba la Constitución. En el gobierno, sólo Hitler y Hugenberg tenían un partido detrás, mucho más el primero que el segundo, y sólo Hitler tenía apoyo popular.

Esto ocurrió en enero de 1933. Unos meses después la democracia no era un paciente gravemente enfermo, era un cadáver. El empleo del terror permitió poner los cimientos de uno de los ejemplos más perfectos de Estado totalitario. Todo con rapidez: la liquidación de enemigos políticos, también la de compañeros del propio partido, la

persecución de quienes habían sido declarados enemigos raciales, la anexión de Austria, la ocupación y división de Checoslovaquia... Es verdad que en los momentos de crisis aumenta la importancia de los individuos que poseen un carisma especial y tratan de influir sobre los acontecimientos, que éstos pueden adquirir un gran protagonismo, pero Hitler no lo hizo sólo. Los dirigentes nazis tuvieron el apoyo de personas influyentes en el ámbito de la economía y de la vida política, que se ofrecieron, que allanaron el camino aportando respetabilidad a los extremistas vestidos con camisas pardas.

Hitler había sido subestimado por la camarilla que de forma legal pero no democrática controlaba el acceso al poder. Hitler ya sabía que su liderazgo procedía del poder de su palabra sobre masas de alemanes. Sus ideas básicas, cargadas de contenidos irracionales, el antisemitismo, el antimarxismo, el militarismo, la propuesta expansionista, también eran manejadas por otros. Pero los réditos por el empleo de estas ideas vinieron a sus manos. Y evidentemente él era consciente de esta realidad. Esas ideas tuvieron éxito porque había masas y círculos de intereses que las aguardaban. Pero fue la forma en que Hitler las manejó, fueron sus discursos multitudinarios los que dieron alas a esas ideas. Y Hitler rentabilizó lo que él estaba consiguiendo ante el poder económico y círculos políticos y militares conservadores. Von Papen y Schleicher habían buscado poderes extraordinarios para gobernar sin supeditarse al Reichstag y proceder a una reforma del sistema político acorde a los intereses de la derecha autoritaria. Hitler buscaría lo mismo, para convertirse en dictador.

### **3.2. Los primeros campos de concentración**

Prosiguiendo con la estrategia de legalidad que tan buenos frutos le había dado, Hitler convenció al resto del gobierno para disolver el Reichstag y convocar nuevas elecciones. A continuación obtuvo del presidente un decreto de excepción, “Para la protección del pueblo alemán”, que permitía al gobierno prohibir periódicos y actos públicos. Durante su etapa de canciller, von Papen había colocado a Prusia bajo el control provisional de un comisario del Reich, para neutralizar la fuerza de los socialdemócratas en el más importante Estado de la República, y ese puesto de comisario lo desempeñaba ahora el también vicecanciller. Pero Goering comenzó a actuar atendiendo exclusivamente a los intereses nazis; entre otras medidas, reforzó las fuerzas policiales con miembros de las S. A. y las S. S. De una u otra forma, en otras ciudades la autoridad de la policía fue transferida a los dirigentes locales de las S. A..

Por orden de la cúpula del NSDAP y por iniciativa local, las jefaturas de las S.A. comenzaron a habilitar espacios para campos de concentración. El primero, en la muy



temprana fecha de marzo de 1933, se instaló en Dachau, en las proximidades de Munich. Se desconoce el número de personas detenidas, torturadas y asesinadas en estas prisiones durante este período. El objetivo principal fueron comunistas y socialistas incluidos en listas negras elaboradas por las jefaturas locales de los Camisas Pardas. También fueron detenidos políticos y periodistas de orientación liberal o izquierdista, personas de origen judío y sacerdotes católicos. Como siempre sucede en estos casos, los odios particulares también entraron en juego.

#### **4. El incendio del Reichstag**

Estaban convocadas elecciones para el 5 de marzo. La noche del 27 de febrero el edificio Reichstag, situado en el centro de Berlín, fue incendiado. Goering, ministro prusiano del Interior, había acudido a contemplar el espectáculo. Gritó: “¡Este es un crimen comunista contra el nuevo Gobierno!”. Mientras el edificio era examinado, un holandés, ex militante comunista, fue detenido, Marinus Van der Lubbe. Todos los miembros del gabinete coincidieron en que el incendio era la señal para una rebelión comunista y que la organización comunista debía ser neutralizada. Los nazis ya tenían el pretexto para una represión indiscriminada, y la seguridad de que sería aceptada por sus socios. Hitler dijo: “Cualquiera que se atravesase en nuestro camino será aplastado. El pueblo alemán no tolerará la indulgencia. Los diputados comunistas han de ser ahorcados”. En una de las siguientes reuniones del gabinete, Goering presentó algunos *documentos* que, según dijo, se habían encontrado en los locales comunistas de la casa Karl Liebknecht<sup>7</sup>. Los papeles contenían planes para la eliminación de varios políticos, entre éstos la mayoría de los ministros. El entonces vicescanciller escribiría en sus memorias: “Quedamos todos convencidos de que los comunistas habían planteado un levantamiento armado y representaban una amenaza a la seguridad del Estado”. Goering ordenó la detención de todos los dirigentes comunistas., el cierre de sus locales y la prohibición de sus publicaciones. Más de cuatro mil comunistas fueron detenidos, muchos ejecutados a continuación, sin control judicial alguno; otros consiguieron abandonar el país, la mayoría camino de la Unión Soviética. No hubo protestas del poder judicial.

---

<sup>7</sup> Los nombres de los dirigentes espartaquistas ejecutados el 15 de enero de 1919 en el cuartel general de la División de Tiradores de la Caballería de la Guardia, en Berlín, eran Karl Liebknecht y Rosa Luxemburgo.

El policía que interrogó a Van der Lubbe y realizó una investigación sobre su vida anterior en Holanda, un tal Heisig, declararía años después que el detenido era un comunista tan fanático como perturbado, un incendiario que ya había atentado contra el Ministerio de Trabajo, el Ayuntamiento de Schöneberg y el Palacio Imperial. Pero Hitler no tuvo problemas para convencer a Hindenburg de que el incendio era la señal para un levantamiento comunista. Y consiguió el objetivo principal del plan: el presidente firmó un decreto de emergencia para sostener la seguridad de la nación, el cual suspendía una serie de derechos fundamentales de los ciudadanos. Esta base legal suponía otro paso en el camino hacia la dictadura. Si juzgamos por los resultados obtenidos, aquella fue una *jugada política* brillante. Los nazis convencieron a sectores conservadores de la responsabilidad de los comunistas, porque éstos ya estaban convencidos del peligro comunista, por la revolución bolchevique en Rusia y por el empleo de la violencia en la calle y fábricas por las milicias comunistas. Otros sospecharon de los nazis, pero no les pareció mal que se buscara un subterfugio para cercar a los líderes rojos. Algunas organizaciones políticas, sociales y religiosas creían que todavía era posible resistir la avalancha nazi. Los comunistas recompusieron sus filas para presentarse a las elecciones de marzo; esto era lo mejor para los nazis, pues así la izquierda obrera se presentaba dividida.

Pese a la violencia utilizada por las S. A. para apoderarse de la calle y desanimar el voto de sus oponentes, la legalidad republicana se mantenía parcialmente en pie. El NSDAP incrementó sus votos de 11, 7 a 17, 2 millones, que equivalían no a una mayoría abrumadora sino al 43,9% de los votos. Si sumaban los votos de sus aliados, entonces sí contaban con la mayoría. En tan difíciles circunstancias, los socialistas y los comunistas mantuvieron los anteriores resultados, con pequeñas pérdidas.

Para lograr un creciente control del país, el Partido intensificó el terror y la propaganda y alternó el empleo de medios legales e ilegales para alcanzar los objetivos fijados. Inmediatamente después de las elecciones Hitler creó el Ministerio de Ilustración Popular y Propaganda, cuyo titular fue Joseph Goebbels, quien ejecutó con muy buenos resultados su labor. Las oficinas del Partido estaban llenas de gente que acudía a afiliarse, por sintonía o para obtener prebendas; hasta el punto de que a partir de finales de abril ya no se admitieron más afiliaciones. Los judíos que tenían empleos en la administración comenzaron a ser depurados, para que nazis ocuparan sus empleos, y periodistas, comerciantes, artistas, abogados, médicos y otros profesionales judíos sufrieron campañas de acoso, saqueo y palizas.

Es interesante apreciar la rapidez con la que se destruyó la joven democracia alemana, gracias a la erosión al sistema causada por los antecesores a los nazis, la audacia de Hitler, la complicidad de sus socios, y la percepción por los líderes nazis de la escasa o nula resistencia a sus medidas. Cuando el 23 de marzo se constituyó el Reichstag, Hitler pidió la aprobación de una ley que otorgaba al Gobierno la facultad de promulgar leyes basándose en su propia autoridad y transfería al canciller el derecho a redactar la legislación. Sabía que gran parte de la clase política conservadora y de la sociedad creían en la bondad de un régimen autoritario para resolver los diferentes problemas que asediaban a Alemania. Los diputados comunistas habían sido detenidos o se habían ocultado. Sólo los socialistas votaron en contra. Ahora Hitler no dependía de los poderes extraordinarios de la Presidencia, tenía ya plenos poderes y el Reichstag quedaba reducido al papel de tribuna del *Führer*, para algunos de sus discursos sobre política exterior jaleados por los suyos. Tal vez, sin esta ley hubiera sido más difícil abolir las garantías constitucionales. En cualquier caso, antes y después de la obtención de poderes especiales por Hitler, y dado que socialistas y comunistas no se atrevieron a intentar derribar el gobierno mediante una huelga general insurreccional, el único poder que podía enfrentarse al NSDAP era el Ejército.

## **5. Libros sentenciados al fuego**

El paro se comenzó a combatir con programas de orientación estatal, que suponían además la reactivación de varios sectores industriales: servicio laboral obligatorio para los jóvenes, consistente en un año de trabajo en zonas agrarias; construcción de una red de autopistas; y programas de fabricación de armamento. Pues Hitler ya había marcado su objetivo prioritario: el rearme y la movilización psicológica de los alemanes para que aceptaran como ineludible el camino hacia la guerra.

Varias figuras destacadas de la ciencia y la cultura alemana salieron de Alemania a lo largo de 1932 y primeros meses de 1933. Uno de los casos más conocidos es el de Albert Einstein, el genio de la teoría de la relatividad y Premio Nobel de Física, quien abandonó su patria con destino a Estados Unidos. También se marcharon personas menos relevantes, quienes tenían medios y la esperanza de rehacer su vida fuera de su tierra. Eran alemanes, unos de religión u origen judío, otros de religión u origen cristiano, otros agnósticos o ateos, todos alemanes.

En febrero de 1933 comenzó la persecución de intelectuales, escritores, periodistas, científicos, de todos los desafectos por sus actos y pensamientos al nazismo.

Persecución a los vivos y a los muertos. El nazismo es una historia de horrores, y no hay palabras para expresar el daño causado a millones de seres humanos. Siendo así, nos impresiona el intento, fallido, de aniquilación del pensamiento que supuso la quema de libros en universidades e institutos, y que tuvo su mejor escenificación nazi en la Plaza de la Ópera de Berlín el 10 de mayo. Las llamas en la noche, como antorcha regeneradora, consumían las horas a la espera de un amanecer que llevaría a la comunidad nacional a nuevas conquistas. Esa escenificación era fundamental para la transmisión de mensajes, y los esfuerzos se concentraron en la juventud. La quema de libros fue dirigida por Goebbels, desde su poderoso Ministerio, que controlaba la prensa, la radio, el cine, el teatro, los libros y la música desde las oficinas de la Cámara de Cultura del Reich, y la organización de estudiantes universitarios, la Deutsche Studentenschaft, se encargó de ejecutar la orden. Pero, una vez más, hubo colaboración y muchos silencios. Entre los ciudadanos individuales no captados por el nazismo había miedo, lo que paralizó protestas o actos de resistencia, pero ninguno de los poderes del Estado, es decir, el Ejército y las fuerzas políticas representadas en el gobierno de coalición, hizo nada para evitar que esto sucediese, que cosas parecidas volvieran a ocurrir en Alemania, no expresaron en público el más mínimo disenso. En la lista de la *literatura perniciosa e indeseada* estaban ya, o iban a estarlo en breve, por citar a unos pocos autores: John Dos Passos, Sigmund Freud, André Guide, Franz Kafka, Emil Ludwig, Rosa Luxemburg, André Malraux, Thomas Mann, Joseph Roth y Stefan Zweig. Para la escenografía de ese incendio no podía faltar un ritual condenatorio, unas brillantes sentencias para el fuego, semejantes a las contenidas en las páginas de *Mein Kampf* o los textos de Alfred Rosenberg, uno de los ideólogos del NSDAP:

“1. ¡Contra la lucha de clases y el materialismo, a favor de la comunidad del pueblo y de una postura vital idealista! Yo entrego a las llamas las obras de Marx y de Kautsky.

6. ¡Contra una Prensa enemiga del pueblo y de tinte judeo-demócrata, a favor de una colaboración responsable en la obra de construcción nacional! Yo entrego a las llamas las obras de Theodor Wolf y George Bernhard.

7. ¡Contra la traición literaria al soldado de la guerra mundial, a favor de la educación del pueblo en el espíritu de la verdad! Yo entrego a las llamas las obras de Erich Maria Remarque”.

Uno de los filósofos más influyentes de esta época, Martín Heidegger, fue investido como rector de la Universidad de Friburgo. No habría accedido al cargo si no hubiese sintonizado y sonreído en público a dirigentes como Hitler y Goebbels. Merece la pena recordar una de las perlas de su discurso de investidura: “Las leyes de vuestro

ser no serán por más tiempo los dogmas y las ideas. El mismo Führer, él y nadie más que él, es la realidad presente y futura de Alemania y de sus leyes”.

## **6. La noche de los cuchillos largos**

Los principales industriales del país recibieron garantías verbales de la cúpula del NSDAP de que lo que había habido de anticapitalismo en el NSDAP no era más que retórica. Los dirigentes nazis les dijeron que habría medidas sociales a favor del obrero alemán, pero que serían costeadas por los *no alemanes*. Les hicieron además un planteamiento atrayente: Alemania necesitaba rearmarse, la industria de guerra ofrecía muchas posibilidades, muchos beneficios. Les pidieron, a cambio, la creación de un fondo electoral, para las últimas elecciones citadas, y cooperación para la orientación de la producción y para que la vieja guardia del partido y también nuevos nazis, más refinados, accedieran a los consejos de administración de las grandes empresas. El sector agrario, en general, recibió cuantiosas ayudas, en forma de exoneraciones fiscales y reducciones de deudas.

La asociación de la gran industria, la RDI, la que presidía Krupp von Bohlen, fue ocupada por la policía y obligada a disolverse. Pero los sindicatos ya habían sido disueltos y los partidos de la izquierda liquidados. La protesta obrera en las calles y fábricas desapareció como resultado del miedo provocado por las organizaciones nazis y del espectacular crecimiento económico iniciado en 1933, gracias a las obras públicas y al impulso dado a las industrias necesarias para el rearme. Todo tenía una doble lectura, pero favorable para la gran industria. Las organizaciones patronales fueron reorganizadas, bajo la orientación nazi, pero los elementos radicales con cargos de responsabilidad en la política económica, como Otto Wagener, comisario del Reich para la Economía, fueron reorientados o cesados, y sustituidos por personas del estilo de Kurt Schmitt, el director gerente de la agrupación aseguradora Allianz de Munich.

### **6. 1. S. A. versus Reichswehr**

La relación con el Ejército era otra cuestión que los nazis tenían que afrontar con especial cuidado. Antes y durante el acceso al poder, Hitler había extremado el tacto al relacionarse con la Reichswehr. Ahora dirigió personalmente las relaciones con las fuerzas armadas. Hitler buscaba la lealtad de los militares a su persona, no a las instituciones, al *Führer*. Intentar conseguirlo implicaba una negociación. Había intereses comunes, ya que, en parte, la política exterior nazi suponía una continuidad del pangermanismo nacido en el siglo XIX: una Europa central alemana y la expansión y

hegemonía alemana en la Europa oriental. La política de rearme había sido desarrollada, de forma secreta, por varios gobiernos anteriores de diferente color político. Hitler prosiguió esta táctica para el rearme, ampliando en términos cuantitativos y cualitativos los objetivos. En este momento, sólo había un tema que pudiera ocasionar una confrontación Reichswehr-NSDAP: la aspiración de las jefaturas de las Secciones de Asalto a hacer de la milicia del partido un competidor del Reichswehr. Las S. A. serían un ejército interior para el control del país pero también un ejército-político. Así, la militarización de las S. A., impediría que, cuando llegase la guerra, el esfuerzo de la mayoría resultase inútil a causa de la *puñalada por la espalda* ejecutada por los tentáculos de la *Internacional Judía*. Esto es lo que, según decían los nazis, y no sólo éstos, había ocurrido en 1918.

Las S. A., creadas en 1921, eran un elemento clave en la vida del partido, como lo habían sido los camisas negras en el Partido Nacional Fascista italiano, como lo era cualquier milicia de su correspondiente movimiento totalitario. Hasta que Hitler accedió a la Cancillería, las misiones de esta milicia integrada por civiles uniformados (Camisas Pardas) habían sido las de mantener el orden en mítines y manifestaciones, actuar como elemento de propaganda y captación con sus rituales y desfiles y desafiar a los comunistas y socialistas en la calle, para que ésta tuviese un solo color. Su espíritu combativo se mantuvo con la paga que recibía su personal y con la promesa de que sus sacrificados militantes eran los *soldados de la revolución*, una revolución social y económica. Desde la jefatura del Estado Mayor de las S.A., Ernst Röhm había disfrutado de amplia libertad a nivel organizativo y sabido aumentar la fuerza numérica de las escuadras y su influencia dentro del partido. Antes de la toma del poder su número rondaba los 100.000 afiliados, ahora que las afiliaciones se habían disparado, y que la milicia había absorbido las organizaciones de ex combatientes, eran dos millones y medio. La apuesta de Hitler por la legalidad había llegado a impacientar a algunos dirigentes locales, que abandonaron el partido cuando lo hizo Otto Strasser. Ahora que sentían que el poder estaba en sus manos, Röhm y sus lugartenientes querían dejar de ser la *reserva* de o para la revolución. Para ellos la revolución consistía en materializar la voluntad de poder, básicamente mantener la retórica antiburguesa, aumentar la violencia contra los judíos, que llevaba aparejada el saqueo de sus bienes, y desempeñar un papel más activo en la construcción del Estado nazi.

Entre tanto, varios partidos fueron declarados hostiles al Estado, buena parte de los cuadros del Partido Nacionalista se pasaron a los nazis y el Partido del Centro no

tardó en autodisolverse. A finales de 1933 y comienzos de 1934 miembros de las S. A., como Camisas Pardas o como policía auxiliar de Goering, recorrían las calles saqueando tiendas o residencias de alemanes judíos, y maltratando y deteniendo a izquierdistas, y también a liberales y personas sin filiación política concreta, casi siempre con el propósito de robarles. Algunas voces, desde la derecha, se expresaron en contra de la violencia permanente y de la chulería de quienes les miraban amenazantes y proferían gritos a favor de una *segunda revolución*. Con Hitler en el gobierno, las S.A. salían a la calle armadas, durante las primeras semanas porque así lo habían decidido las jefaturas locales y nadie se lo había impedido, después porque se habían convertido en auxiliares de la policía. Pero las pistolas no bastaban. Necesitaban rearmarse. Y en eso trabajaba *Konstantin von Essenbeck*. Sus movimientos no habían pasado desapercibidos.

Varios oficiales jóvenes se habían aproximado al NSDAP. La promesa de rearme suponía una perspectiva de ascenso en un ejército reducido, y también les atraían la retórica nacionalista y de un Estado fuerte. En esto coincidían con los generales. Pero éstos veían tan importante apoyar, al menos parcialmente, la política exterior nazi como frenar a los sectores del NSDAP que deseaban reemplazar el Reichswehr por un nuevo ejército de estilo nazi. Habían tenido que tragarse las disposiciones de Göering, quien, en el marco del programa oculto de rearme, estaba convirtiendo una fuerza aérea militar, prohibida por el Tratado de Versalles, en fuerza independiente del Reichswehr, bajo su control personal. Hicieron llegar su descontento a Hitler y aceleraron los planes para reimplantar el servicio militar obligatorio, una alternativa a la milicia de partido. El *Führer* consideraba culminada la fase de revolución institucional. Podría haber revolución racial, conquistas en el exterior. Esto, y, sobre todo, consolidar su poder, era lo fundamental. Sabía que su posición podía tambalearse si otros en el partido intentaban ensanchar su cuota de poder, a costa de él o de los aliados imprescindibles. No quería desilusionar a las S.A., y posiblemente apreciaba a Röhm, que había sido un estrecho colaborador en los momentos difíciles, cuando Hitler era un don nadie y Röhm formaba parte del Estado Mayor de la comandancia general del Reichswehr en Munich; von Papen describe a Röhm con las siguientes palabras: “Era hombre de recia constitución, de rostro grande y rojo, surcado de cicatrices producidas en duelos, y una nariz desfigurada a consecuencia de un disparo”. Habían discutido, en 1925, pues Hitler no quería entonces abandonar la vía de la legalidad, y Röhm había dejado la dirección de las S. A. Seis años después Hitler le pidió que regresara, que calculase y aplicase las

dosis de violencia que eran necesarias para los fines nazis, *sin excesos*. Pero ahora Hitler tenía que encauzar sus energías. Röhm seguía hablando a los suyos de una *marcha sobre Berlín*.

## **6.2. La ejecución de Röhm**

En la primavera de 1934 Röhm pidió a Hitler que plantease al presidente la incorporación de los cuadros dirigentes de las S.A. al Ejército como oficiales. Hitler tramitó la petición y, como esperaba, Hindenburg la rechazó. Hitler comunicó a Röhm que las S.A. realizarían tareas auxiliares de índole militar y que debían seguir trabajando en labores de educación política, como hacían todas las ramas del partido. Entonces Röhm evaluó la posibilidad de un golpe de fuerza. Lo que escribe von Papen puede resultar exagerado, pero, lo sea o no, pone de manifiesto que en los círculos políticos y militares se vivía pendiente de los movimientos de las S. A.: “Durante los meses precedentes había habido rumores crecientes de un complot de las S. A. contra Hitler y el Ejército, así como de transportes clandestinos de armas desde el extranjero, especialmente desde Bélgica, para reforzar la potencia de los Camisas Pardas. El general von Bock, comandante del distrito militar de Stettin, cogió uno de dichos transportes, con una falsa declaración de contenido, integrado por ametralladoras y fusiles belgas. Hitler, Goering y el Ejército poseían sus propias informaciones respecto a estos desarrollos, y el Ejército comenzó tranquilamente a tomar precauciones”. El ministro del Ejército, general von Blomberg, estaba indignado.

Hitler no podía permitirse un enfrentamiento con el Reichswehr. Los simples rumores de un *putsch* de las S.A. o de una acción preventiva de los militares eran peligrosísimos para su autoridad y para su sueño de conquistas territoriales. La salud del presidente, de 87 años, estaba muy deteriorada. Hitler pensaba ya en fusionar los cargos de canciller y presidente, que era a la vez comandante en jefe del Reichswehr, y necesitaba el apoyo de la mayor parte de los generales. No sabía exactamente lo que haría, pero es evidente que dedicó varios meses a meditar una acción contra Röhm y sus partidarios. Sabía que el jefe de las S. A. era homosexual y que también lo eran otros dirigentes de la milicia. Así que, como primer paso, encargó una investigación sobre su conducta sexual y posible participación en actos de terrorismo a la Gestapo, acrónimo de la recientemente creada Geheime Staatspolizei, la Policía Secreta del Estado. El apoyo de Goering y Goebbels fue total a Hitler, por motivos políticos y personales. Otro apoyo entusiasta lo tenía en Himmler, el jefe de las S. S., las Escuadras de Seguridad del Partido Nazi, que no dejarían de acumular parcelas de poder a partir de entonces. Goering



y Himmler fabricaron *pruebas* del plan de Röhm para asumir el mando de una organización militar que agruparía al Reichswehr, las S. A. y las S.S.

Al parecer, ante la presión a la que se veía sometido, el círculo de Röhm aplazó el pronunciamiento, en el caso de que realmente hubieran organizado un *putsch*, sobre lo que existen serias dudas. Hitler seguía indeciso sobre las medidas a adoptar. De hecho, a comienzos de junio se entrevistó con Röhm y le pidió que, para bajar la tensión, los miembros de las S. A. tomaran un permiso en julio. Se cree que Röhm dio una respuesta afirmativa. Tal vez para ganar tiempo. Lo cierto es que convocó a su estado mayor en Bad Wiessee, un precioso lugar al norte de los Alpes famoso por sus balnearios, en el lago Tegernsee, en el distrito de Miesbach (Baviera). Además de la convocatoria, Röhm hizo publicar la siguiente orden del día para sus subordinados:

“Si los enemigos de las S. A. se creen que éstas no regresarán de su permiso, dejémosles que disfruten de sus ilusiones mientras puedan hacerlo. Cuando llegue el día, estas gentes recibirán la réplica adecuada, cualquiera que sea la forma que dicte la necesidad. Las S. A. son, y seguirán siendo, el destino de Alemania”.

Hitler se decidió a actuar o se vio impulsado a hacerlo por los planes trazados por Goering y Himmler. El plan no contemplaba una llamada al orden, o la detención de los principales dirigentes de las S. A., sino su ejecución. Se dieron las órdenes del conocido como *plan Colibrí*, para el sábado 30 de junio. Se anunció que ese día Hitler acudiría a Bad Wiessee para entrevistarse con sus jefes. Fuerzas de la Policía, de la Gestapo, de las S. S. y del Reichswehr participaron en el operativo. Entraron en la residencia de las S. A. antes del amanecer. Dio comienzo entonces una *Nacht der langen Messer*, expresión alemana para actos de venganza. Se cree que allí mismo, en presencia de Hitler, ejecutaron a algunos miembros de las S. A. y que se llevaron detenidos a Munich a todos los dirigentes. Durante dos días se ejecutó a más de cien cuadros de la organización, en Munich y Berlín. En la anotación de los diarios de Goebbels correspondiente a los días 29 y 30 de junio y 1 de julio leemos:

“el Führer llega a las cuatro, muy serio. Me cuenta su plan. Deberá llevarse a cabo el sábado. Contra Röhm y sus rebeldes. Con sangre. Deben saber que la rebelión cuesta cabezas (...) Heines patético. Le han pillado con un chico homosexual en la cama. Röhm conserva su dignidad (...) Dejaron solo a Röhm, con una pistola, durante 20 minutos. Pero no la utilizó, y fue asesinado”.

Por su parte, Albert Speer, el arquitecto de Hitler, escribe en sus memorias que le visitó ese domingo, para presentarle unos planos. Dice que Hitler le dio entonces, y en días sucesivos, siempre excitado, su versión de los hechos, como si hubiera superado un grave peligro: “nos contó una y otra vez cómo había entrado en el hotel Hanselmayer de Wiessee, y no olvidaba poner de manifiesto su valor:

- ¡Íbamos desarmados, imagínese, y no sabíamos si esos cerdos iban a hacernos frente con guardias armados!”.

Sigue diciendo que “la atmósfera homosexual le había asqueado”. También que quienes rodeaban a Hitler se esforzaban en dejar constancia de la repulsión que les producían los jefes de las S. A. fusilados, contando “todos los detalles imaginables de la vida íntima de Röhm y sus partidarios”. Por ejemplo:

“Brückner mostró a Hitler los menús de los banquetes que organizaba aquella tropa disoluta, supuestamente hallados en el cuartel general berlinés de las S. A. En ellos aparecía un gran número de platos con exquisiteces traídas del extranjero, ancas de rana, lenguas de pájaro, aletas de tiburón...”.

Todas las fuentes coinciden en apuntar el nerviosismo de Hitler durante los días siguientes. Nerviosismo al que siguió el silencio, el suyo y el de otros. Hitler no debió de quedar satisfecho con lo ocurrido. Había liquidado a decenas de los suyos. En su interior atribuyó la responsabilidad a otros, a conservadores que nunca habían comprendido la *grandeza* de la revolución nacionalsocialista. Tenía decidido ajustar las cuentas a algunos de éstos ya mismo, y a otros más adelante.

### **6.3. Golpe ejemplarizante a la derecha**

La liquidación del núcleo dirigente de las S. A. fue una operación brillante, en tanto que fue ejecutada con rapidez, alcanzó el principal objetivo fijado y, además, fue aprovechada para enviar un claro mensaje a aliados que disentían de la política nazi. Hitler había encargado a Goering que neutralizase cualquier conato de sublevación de las S. A. en Berlín y que, en colaboración con Himmler, se actuase también contra conservadores que hubieran criticado al NSDAP. Para este fin Goering utilizó a las S. S. y a la Policía. Cuando, en la mañana del día 30, von Papen expresó su protesta ante éste, por no habersele tenido en cuenta en tanto que sustituto del canciller en la capital, Goering le habría dicho que su vida corría peligro, que se fuese a su casa y no saliese. Mientras estaba en la casa de Goering, en el jardín del Ministerio de Transportes Aéreos, personal de las S. S. y de la Gestapo ocupó la Vicecancillería. En las horas siguientes varios colaboradores de von Papen fueron asesinados. Este fue el caso de Herbert von Bose, consejero de prensa, acribillado a tiros en el mismo edificio de la Vicecancillería. La secretaria de von Papen, baronesa de Stotzingen, y otros colaboradores (Savigny y Hummelsheim) fueron detenidos y trasladados a campos de concentración. La derecha colaboracionista con los nazis comenzó a descubrir que los campos de concentración no eran sólo para los comunistas alemanes. Cuando von Papen llegó a su mansión encontró el recinto rodeado por las S. S., el edificio ocupado por la Policía y el teléfono cortado. Un capitán de la Policía le dijo que tenía órdenes de que

no tuviese contacto con el mundo exterior y de impedir que personal de las S. A. o la Gestapo le detuviese, a no ser que recibiese órdenes directas de Goering. Von Papen pasó solo los tres días siguientes.

Numerosos detenidos fueron conducidos a las celdas subterráneas de la prisión de la Gestapo en la Prinz Albrechtstrasse. Varios fueron ejecutados. Uno de los nombres más destacados es el de Edgar Jung, uno de los intelectuales de la revolución conservadora (como Ernst Jünger) y asesor de von Papen, para quien había escrito uno de sus recientes discursos, muy crítico con la deriva del régimen del que formaba parte. Entre los asesinados en su propia casa destaca el nombre del general Schleicher, abatido en compañía de su esposa, con la que llevaba casado menos de dos años. También fue eliminado otro general, Ferdinand von Bredow. El ex canciller Brüning había abandonado Alemania en las horas previas. Alguien le avisó de que, posiblemente, le iban a matar. No tuvieron esa suerte Erich Klausener, el dirigente de Acción Católica, y Gustav Ritter von Kahr, el comisario del Estado de Baviera que había tenido un papel importante en la liquidación del golpe de 1923 en Munich. A von Kahr le sacaron de su casa y, en un bosque, le destrozaron la cabeza y el resto del cuerpo utilizando picos. Por lo que a nazis se refiere, fuera del círculo de Röhm, sólo fue eliminado Gregor Strasser.

Los cuerpos de las víctimas fueron inmediatamente incinerados, por si acaso se abría una investigación sobre alguna de las muertes, aunque los ejecutores estaban casi convencidos de que no ocurriría así. La prensa recibió instrucciones para no publicar necrológicas. Según un decreto del gobierno: “Las medidas tomadas el 30 de junio y el 1 y 2 de julio, para suprimir los actos de traición, son legales en tanto que acciones de autodefensa del Estado”. El 3 de julio Goering eliminó las medidas de control a von Papen y facilitó su presencia en la reunión del gabinete. Allí von Papen pidió hablar a solas con Hitler, y, creyendo que todos los acontecimientos eran responsabilidad de Goebbels, Himmler y Heydrich, le pidió que abriese una investigación judicial. También le dijo que presentaba su dimisión como vicescanciller. Para Hitler no era el momento oportuno. Le pidió que esperase a escuchar su informe sobre lo ocurrido que iba a dar en el Reichstag el 13 de julio. Una parte del discurso mostró a Hitler a la defensiva, como si temiera que los grupos conservadores interpretaran esa violencia sobre algunos de los suyos como un riesgo excesivo y terminaran por entender que todos estaban amenazados y que, en consecuencia, más les valdría intentar eliminarle, considerando que aún estaban a tiempo. Volvió a justificar los asesinatos con la conducta *inmoral* de Röhm y los suyos. Y después se expresó con contundencia, como

*Führer*, situado por encima de la ley: “yo era el responsable del destino del pueblo alemán, y por lo tanto me convertía automáticamente en el juez supremo del pueblo alemán ( ...) Y sépase ahora de una vez para siempre que cualquiera que alce su mano para golpear al Estado tendrá por único destino una muerte segura”.

## **7. El silencio. Juramento de fidelidad a Hitler**

La jefatura del Partido se movilizó para justificar lo ocurrido. La pugna política quedó diluida, la represión había sido contra los homosexuales, contra quienes presumían de revolucionarios y vivían como burgueses a costa de Alemania. El poder de las S. A. en tanto que organización autónoma nazi había desaparecido. El poder estaba concentrado en manos del *Führer*, quien se expresaba a través del Partido.

Circunstancias posteriores, la aplicación de la ideología antisemita y los planes militares para la ocupación de Europa del Este, darían un gran protagonismo a otra organización del Partido, las S. S., e incluso favorecerían su militarización. Por el momento dejaron de ser una organización subordinada a las S. A. y se crearon varios mecanismos y rituales para su fidelidad directa y exclusiva a Hitler. Muchos militantes de las S. A. se sintieron desilusionados. En su mayoría procedían de la clase media baja y de las filas del proletariado, habían dedicado muchas horas a tareas sencillas de propaganda en la calle, y a la lucha callejera, afrontando riesgos en los años de ascenso del partido. Por supuesto, se habían tomado en serio los contenidos socializantes del programa nazi y la retórica anticapitalista de sus líderes. Ahora se les decía que no asumirían nuevas funciones y que, por el momento, no habría contraprestaciones económicas, a la espera de que la revolución se orientase en otra dirección (las leyes raciales no tardarían en ser aprobadas). El mando de las S. A. fue trasladado de Munich a Berlín.

El Reichswehr aceptó en silencio la muerte de dos de sus generales. Si en sus filas hubo alguna duda sobre qué hacer, este no fue el caso de su ministro, el general von Blomberg, quien expresó su satisfacción ante lo ocurrido. Hitler había prometido que sólo el Ejército desempeñaría las tareas militares y el ministro sentía una profunda animadversión hacia von Schleicher. Se dice que nadie logró contactar con Hindenburg mientras ocurrían los asesinatos que hemos narrado. Suciediera así o no, un telegrama enviado desde la residencia del presidente sirvió para probar su felicitación al canciller del Reich y al presidente del Consejo de Ministros de Prusia por la neutralización de las S. A.

Como colofón a las páginas que dedica a los acontecimientos de junio de 1934, von Papen (futuro encausado por el Tribunal Internacional de Nuremberg) escribió en sus memorias: “Me pudo faltar discernimiento político, pero la acusación hecha en Nuremberg<sup>8</sup> de que yo había deliberadamente entregado mi país y su población a una norma de violencia que conduciría al caos, sólo denota ignorancia completa de los hechos. La modalidad de las cosas que iban a ocurrir, no era perceptible de momento”. Unos días después del asesinato de varios de sus colaboradores, von Papen aceptó el puesto de ministro alemán en Austria. Los planes nazis para anexionar este país ya estaban en marcha.

El 2 de agosto falleció Hindenburg. Nadie podía ya, en Alemania, dificultar los planes de Hitler. Con una excepción, el Alto Mando del Reichswehr. Y no lo hizo. Los poderes del presidente fueron transferidos a Hitler y el cargo abolido. Entonces las fuerzas armadas prestaron un nuevo juramento de fidelidad. El anterior juramento había exigido lealtad y obediencia a la Constitución y a la Presidencia de la República. El nuevo juramento no se prestaba a una institución, sino a él, a Adolf Hitler, “el caudillo del Imperio Alemán y del pueblo alemán”.

### **Bibliografía**

- Bracher, Karl Dietrich, *La dictadura alemana. Génesis, estructura y consecuencias del nacionalsocialismo*, Madrid, Alianza Editorial, 1973, 2 vols.
- Bullock, Alan, *Hitler y Stalin. Vidas paralelas*, Barcelona, Plaza&Janés, 1994, 2 vols..
- Burleigh, Michael, *El Tercer Reich. Una nueva historia*, Madrid, Taurus, 2002.
- Evans, Richard J., *La llegada del Tercer Reich*, Barcelona, Península, 2005.
- Feldman, Gerald D., *Allianz and the German insurance business, 1933-1945*, Cambridge University Press, 2001.
- Flood, Charles Bracelen, *Hitler. The Path to Power*, Londres, Hamish Hamilton, 1989.
- Kershaw, Ian, *Hitler*, Barcelona, Península, 1999, 2 vols.
- Kühnl, Reinhard, *La República de Weimar. Establecimiento, estructuras y destrucción de una democracia*, Valencia, Edicions Alfons el Magnànim, 1991.

---

<sup>8</sup> El Tribunal Penal Internacional de Nuremberg formuló cuatro acusaciones contra los jefes nazis y sus colaboradores: complot, crimen contra la paz, crimen de guerra y crimen contra la humanidad. Al establecer la figura del complot, se presentó la epopeya nacionalsocialista como una empresa del crimen, cuyo fin inmediato era el desencadenamiento de guerras de agresión y consecuencia previsible la comisión de crímenes de guerra y crímenes de lesa humanidad. Con su aplicación se abría la posibilidad de imputar a cada uno de los conspiradores actos criminales anteriores a su adhesión y extender la imputación a los cooperadores o cómplices, casos de von Papen y Schacht. En el banquillo de los acusados, von Papen dijo que Hitler era “el mayor asesino de todos los tiempos”. Cuando se pronunciaron las sentencias de Nuremberg, en octubre de 1946, Von Papen y Schacht fueron absueltos. En los meses siguientes fueron acusados por el Tribunal de Desnazificación alemán, que los dejó en libertad poco después.

Nicosia, Francis R. y Huener, J., *Business and industry in Nazi Germany*, Berghahn Books, 2004.

Speer, Albert, *Memorias*, Barcelona, El Acantilado, 2001.

Von Papen, Franz, *Memorias*, Madrid, Espasa-Calpe, 1952.

### **Para leer después del teatro**

Gellately, Robert, *No sólo Hitler. La Alemania nazi entre la coacción y el consenso*, Barcelona, Crítica, 2002.

Haffner, Sebastián, *Historia de un alemán. Recuerdos, 1914-1933*, Barcelona, Destino, 2001. Texto que data de 1939, inédito, publicado en 2001, tras su muerte en Alemania dos años antes. Su verdadero nombre fue Raimund Pretzel., exiliado de Alemania en 1938. En su primera obra, publicada en Inglaterra, durante la guerra, *Germany: Jekyll@Hyde*, presenta al nazismo como un régimen de ignominia y analiza la colaboración de los alemanes con ese régimen. Se cambió el nombre para proteger a su familia, al haber quedado ésta en Berlín, usando a Bach, cuya música le apasionaba, y a la obra de Mozart *Sinfonía Haffner*. En su opinión, para los ciudadanos normales fue más cómodo dejarse trastornar por aquel régimen nacionalista, populista y racista que oponer resistencia.

Klemperer, Victor Klemperer, *LTI Lingua Tertii Imperii*, Barcelona, Minúscula, 2001. Profesor de lenguas románicas en la Escuela Técnico Superior de Dresde, perdió su empleo, en 1935, a causa de las leyes raciales. El texto, publicado por primera vez en 1947, analiza el lenguaje dominante durante el Tercer Reich, las “pequeñas dosis de arsénico” que envenenaron a la mayor parte de la población, o se dejaron envenenar. Sostiene que el lenguaje de los nazis fue aceptado con normalidad e impregnó las conversaciones y pensamientos.